



## ¿POR QUE NOS DESTRUIMOS A NOSOTROS MISMOS?

*Víctor Julio Peralta*

En principio los problemas de orden ecológico suelen ser considerados como de grupo, puesto que el hombre, en términos individuales, puede hacer poco en realidad para impedir la agresión a la Naturaleza. De cierta manera actúa como si fuese víctima de los fenómenos naturales, sin percatarse de que él mismo es parte de la sociedad que atenta contra el balance del ecosistema. Quizá porque de ese modo puede desentenderse de la responsabilidad de su arremetida al medio y facilitar así la continuidad del ecocidio.

El hombre es, esencialmente, agresivo; es decir esa condición es parte de su intimidad biológica y se encuentra unida a su naturaleza. Desde luego, en parte ha aprendido a controlar sus impulsos. En otras pala-

bras, se ha domesticado, por lo menos en lo que se refiere a las relaciones con los otros hombres. No ha ocurrido así en cuanto a su encuentro con la Naturaleza, pues sus impulsos destructores siempre se han mantenido iguales. En efecto, la diferencia entre el hombre primitivo y el hombre de las sociedades industrializadas radica, fundamentalmente, en que el primero no disponía de los medios técnicos, ni de los conocimientos científicos, para provocar las devastaciones actuales, hasta amenazar ya el equilibrio del ecosistema.

Es sorprendente que el hombre, insignificante por su tamaño en relación con su planeta, pueda ejercer tanta influencia sobre el ambiente mundial. Hemos comprobado que su actividad ha alterado considerablemente el clima de nuestras grandes ciudades y ha contribuido a extender los desiertos y a diezmar grandes porciones de bosques que antes cubrían vastas superficies. Tales actividades han modificado el equilibrio del calor y el agua en escala regional; pero ello ya adquiere características mundiales.

¿Hasta qué punto podrá reponerse la naturaleza de las hondas cicatrices que le ha infligido el vértigo industrial que vivimos desde hace casi un siglo, camino por el cual en ningún caso podrá durar otro? ¿A quién pertenecen los recursos naturales, vivos o no vivos, que guarda nuestra tierra? Es en esa tierra, precisamente, donde están nuestro destino, la aventura, la magia de los sueños y el secreto quizá de nuestro futuro, porque en ella se esconden las huellas de nuestros ancestros. Sin ella no podemos sentir, pensar o crear. Esa tierra es el espacio para desarrollar el drama de la vida, el cual es lucha de la voluntad, la pasión y el amor en contra del temor y de la muerte. Es el lugar donde el hombre puede encontrar opciones para otro comienzo en cualquier tiempo: empezar a vivir y ser auténtico. Una vez dijo un gran jefe indio piel roja que la tierra no pertenece al hombre; que el hombre pertenece a la tierra. Y que todo lo que le ocurra a la tierra le ocurrirá a los hijos de la tierra.

Nuestro país, lamentablemente, no es una ex-

cepción en cuanto al deterioro del medio por agentes exógenos. Todos los días casi observamos el traslado de grandes trozas en camiones, rumbo a los aserraderos, lo cual implica que fueron hermosos bosques, incluso en muchos casos, protectores de cuencas hidrográficas. Por otra parte no se ha logrado desterrar esa terrible práctica de las llamadas *quemadas*, en las cuales no sólo se destruye el espacio señalado para ese fin, sino que el exterminio se extiende, de manera irreparable, a vastas zonas que incluyen el bosque y la fauna. Quizá sea eso lo que nos proponemos legarle a las próximas generaciones: una tierra calcinada donde sólo puedan sostenerse las lagartijas. No es otra la sensación que nos queda después de contemplar las fotografías del incendio forestal que devastó las faldas del cerro Chirripó, y que destruyó gran cantidad de encinos, helechos, robles y afectó una considerable porción de nuestra fauna silvestre. Comenzamos a movernos de la vida a la supervivencia.

**La verdadera emergencia nacional.** Ministerio de Gobernación y Policía de Costa Rica, 1986.

